

Los personajes permanecen en la memoria, porque el autor los puso en marcha y les dio relieve con unas pinceladas esenciales. Alguien le dice a uno de los protagonistas: “¡Estás en la cresta de la ola! No se habla más que de ti en el barrio y también, esta mañana, en el curso; la media famita que te agarraste. Hasta mi prima Graciela dice que te has convertido en un jovencito de película”. “Ya, lárgamela toda, todita la historia”.

Pero no hay respuesta concreta: “No hay nada que contar”.

Varias razones novelescas las ignoran los personajes, pero las anticipa, en una frase breve, el autor, no porque asuma el papel de narrador omnisciente, sino porque ha depurado sus recursos narrativos. Deja que adultos y jóvenes sean ellos mismos, sin que estén manejados por hilos más o menos visibles.

El “marino” que aparece en la novela no es un hombre que enfila su barca y se pierde mar adentro.

Está en su sitio, cuenta una historia romántica que apoya a otros romanticismos. Los oyentes le preguntan: “¿Qué es mejor, qué es lo mejor?”. Y la respuesta: “Eso no lo sabe nadie o sólo lo sabe cada uno”.

José Luis Rosasco estudió Derecho en Chile y Relaciones Industriales en Estados Unidos. Entre sus libros: “Mirar también a los ojos”, “Ese verano y otros ayeres”, “El intercesor”.

Su “nouvelle”, ahora premiada, se lee sin pausa, indica que Chile tiene poetas y buenos novelistas.

V. M.

<https://doi.org/10.29393/At441-16FRVM10016>

F R O N T E R A

De Luis Durand. Texto original completo. Editorial Andrés Bello. Santiago, 1980.

Dentro de los límites provincianos, esta obra tiene significaciones simbólicas, señala una especie de fórmula para desembocar en la gran novela nacional. Notables son varios de sus personajes.

Anselmo Mendoza, hombre visceral; Domingo Malín, arquetipo de su raza indígena; Terencia Tagle, mujer de opulencia sensual y ternura muelle; Isabel y Lucinda que vibran en ansias de formar una familia; Belarmino, chiquillón de anchas espaldas, muy despejado y tranquilo para entenderse “con la gente difícil de tratar”; el escribano Albarán, de ojos negros y esquivos. Le gustaba hacer alarde de su heroico comportamiento en la batalla de Miraflores. Junto a esta galería de personajes: el doctor Dumont, el Verde y doña Adolfsina, “mujer de bondad áspera”. El lenguaje culto y la expresión vernácula le sirvieron a Durand para establecer fuertes contrastes.

A veces, captó los mensajes telúricos. El decir y la enjundia campesinos le brotaban de una manera natural, sin necesidad de llegar a una forzada elaboración lingüística, pena y calvario de algunos costumbristas. De ahí la frescura y

autenticidad de sus diálogos. Nos habló de amores, creados por la fina yuxtaposición de plurales imágenes. A lo largo de sus libros, ese amor, platónico y realista, se lanza en varias direcciones. En un punto del horizonte está la mujer que representa el sentido reverencial del matrimonio. En diversos ángulos, la hembra otoñal que funde los recuerdos y los proyectos amorosos. Y como línea ondulante, la joven de clase media, símbolo de una burguesía campesina enriquecida.

Le cupo vivir en momentos de exaltación vernácula y populista. Las ondas estéticas del costumbrismo, bastante debilitadas, llegaron a Hispanoamérica desde tierras de Francia y España. Los escritores hablaron de boldos y pumas, de maquis y laureles. El campesino vio, deslumbrado, el paisaje que los hombres de letras le habían descubierto.

“Frontera” demuestra, hasta dónde es posible que los escritores pueden reproducir un aspecto de la sociedad mediante el juego de sus ideas, o en virtud de la inteligente exposición de un cuadro de costumbres. En ese instante surgieron las discrepancias, y hubo una fatiga de criollismo. Sin embargo la polémica está lejos de agotarse. Todo es cuestión de talento. Luis Durand, en esta novela, ensayó el camino de las incitaciones metafóricas. Se detuvo en las primeras estribaciones, para buscar un rodeo, para estallar en un proceso de sencillas comparaciones.

“Frontera” nos presenta la frase larga, con plurales rodeos y sombras. Presenta a los personajes de repente, en medio de actividades de toda índole. El choque con los duendes de la preceptiva está compensado con una sincera captación de las esencias. A veces, la narración pierde sus ligaduras visibles, pero ahí están los silencios, la sencilla antesala de una metáfora que sujetá los cabos, dispersos en apariencia. En esa aparente imperfección estilística reside su vitalidad. Supo intuir la emoción que fluye, amortiguada, del fondo de las vidas sencillas. Usó el lenguaje hablado, piedra de toque de las literaturas criolla, gauchesca e indigenista.

Existe una diferencia entre esa lengua hablada y la escrita. Hablando no se usan en exceso los vínculos gramaticales. El decir hablado es ágil, la entonación tiene gran importancia. Por eso, varias páginas de “Frontera” exigen la lectura en voz alta. La trayectoria literaria de Luis Durand se sestea en las sucesivas formas de hablar de sus personajes. “Frontera” es un trozo de realidad, una presencia y una voz de las cosas. Interesante habrá de ser el estudio de los personajes nombrados al principio. Junto a la realidad de unos existen otros que parecen ser una creación artística. Muy oportuna la reedición de esta novela de un singular criollista.